

EN LA SANGRE

Cuentos de Fantasía Urbana
y Terror Cotidiano
de Dan Guajars

Queda prohibida cualquier forma de reproducción y transformación de esta obra, sea total o parcial, sin el previo permiso del autor.

Copyright © Daniel E. Guajardo S.
<http://guajars.cl>

Ilustración de portada: Estefani Bravo Morales

Primera edición digital, Santiago de Chile, septiembre de 2013.
Disponible en www.monstruito.cl

Primera edición impresa, EE.UU.,
Septiembre de 2013

Edición: Monstruito Ediciones

Monstruito Ediciones
www.monstruito.cl
ediciones@monstruito.cl

Agradecimientos

Agradezco a mi familia que siempre me apoya, a mi mujer que fomenta mi idea extravagante de ser escritor y celebra conmigo cada pequeño logro, a mi hija que me nutre de mil nuevas ideas con cada una de sus sonrisas, a mis hermanas con su tolerancia histórica, y a mi padre y mi madre que me heredaron la lectura fantástica y su creatividad extraordinaria.

A mis amig@s, mis lectores y seguidores, mil gracias por estar presentes en mis proyectos fantásticos. Pronto habrá más sorpresas.

Dan Guajars
Agosto de 2013

De acuerdo al plan

—¡Ya voy a la fiesta! —Se despide Roque desde la puerta.

Su tía Margarita le devuelve un gesto cansado con la mano pálida y pecosa, sin despegar la vista del canal TCM. Dentro de algunos minutos la veterana estará durmiendo en su sillón acolchado, la enfermera cambiará el canal y verá algún foro de farándula con el volumen bajo, mientras cuchichea con el novio usando el teléfono de la casa.

Son las nueve de la noche, afuera está fresco y Roque saluda a las estrellas con un abrazo figurado. Se siente sereno y sabe que será una noche intensa. Es la primera fiesta del colegio antes que comience el frío y asistirán todos sus compañeros de curso. Está ansioso y no es por la diversión prometida. Tiene una misión esta noche, debe cumplir con todas las etapas de su plan al pie de la letra, lleva semanas planeando cada detalle. Es hoy o nunca.

Mira al cielo y el rostro de su madre dibujado en las estrellas le hace un guiño de complicidad. Se relaja.

Revisa que esté todo en orden, la cajetilla de Viceroy en el bolsillo izquierdo de su jeans, el

elástico rojo en el bolsillo derecho, una bolsa de plástico grueso doblada para que no haga bulto en el bolsillo trasero de su pantalón y suficiente dinero en el monedero. Todo de acuerdo al plan.

Camina hasta la esquina y espera. El primer colectivo se acerca y le hace juego de luces, pero Roque lo ignora y mira en otra dirección. El siguiente colectivo demora menos de un minuto y Roque lo detiene con una seña, sube en el asiento del copiloto y dedica al menos un minuto a fingir una tuberculosis terminal, tosiendo los pulmones fuera del cuerpo mientras cuenta las monedas para pagar. El conductor intenta respirar a través de la manga de su chaleco sin disimular su desagrado, hasta que saca la cabeza por la ventana dando bocanadas exageradas.

Roque aprovecha la distracción y presiona un botón en el reloj digital, adosado al panel entre el velocímetro y el perrito de plástico que bambolea su cabeza al ritmo del viaje.

Deja caer el elástico rojo a sus pies y dedica el resto del viaje a mirar el paisaje nocturno, las luminarias parpadeantes, las casas apiladas en espacios reducidos, descuidadas, oscuras, enredaderas secas enroscadas en sus rejas, árboles añosos en sus veredas, sus ramas con forma de garras y bocas dentadas en los troncos podridos. Casas habitadas por malos recuerdos y personas con pésima memoria,

como la casa de su tía Margarita, con el cielo alto y muros contundentes, helados todo el año, suelo de madera crujiente, olor a té con canela, medicamentos y estómago vacío.

Desvía su atención del paisaje tenebroso, no quiere deprimirse tan temprano. Cuenta los perros en trote apurado y las personas vestidas de negro que avanzan con los rostros endeudados. Aunque es viernes y la noche está hermosa, no todos tienen razones para estar contentos. Roque cuenta trece perros, treinta y tres desdichados y ningún gato.

El colectivo se detiene en el paradero junto a la estación del metro. Roque baja y antes de cerrar la puerta hace amague de recoger el elástico rojo.

—Es mío —dice el conductor y se lo coloca de pulsera. El colectivo se va y Roque desciende a la estación, satisfecho. Paga un pasaje de adulto y toma el metro hacia el sur.

Procura no tocar a nadie, no rozar ni siquiera sus ropas, sintiendo el inicio de la angustia estrujando sus pulmones. Alguien respira cerca, alguien estornuda, alguien carraspea, el tren chilla, frena, acelera, abre y cierra sus fauces desdentadas. La música, el pitido del cierre de las puertas, la voz que avisa el nombre de la próxima estación. El pasadizo entre vagones se retuerce igual que los intestinos de una serpiente.

Roque aguanta la respiración, se marea, suelta el aire viciado y vuelve a inhalar y aguantar. Es la única manera de evitar que gane la desesperación. Siempre es igual, no hay cura para esto, lo sabe, se lo repite una y otra vez. Pero tiene una misión, puede aguantar, debe hacerlo.

Cinco estaciones más allá baja del vagón y se lanza a correr escaleras arriba, ignorando al guardia que grita que tenga cuidado. Afuera continúa su carrera, limpia sus lágrimas, llega a una esquina, dobla, entra por un pasaje oscuro con viejos plátanos orientales ocultando la poca luz de las estrellas. Ya puede oír la música, está cerca, falta muy poco.

Una sombra le sale al paso e intenta detenerle.

—¡Epa! —grita Roque dando un salto hacia la calle—. Casi choco con un ciego... ¡Bah! Eres tú, Callino.

Claudio sale a la luz, su amigo y yunta del colegio, vestido de sport con buzo y zapatillas, el cabello muy corto y unos lentes oscuros Rayban que seguramente son de su papá

Claudio se quita los anteojos y finge estar enojado. Esta noche se emborrachará a tal punto que perderá los lentes y las zapatillas nuevas, quedará sucio de vómitos y pasto, besará a la chica equivocada y recibirá una paliza. Con un diente menos y la autoestima en

el suelo, no cumplirá su sueño de conquistar a Fresia. Sus padres apenas tienen para consentirlo con ropas caras una vez al año y no habrá presupuesto ni sobreendeudamiento para instalarle un incisivo nuevo antes de febrero próximo. No irá al paseo de curso a Chiloé. No seguirá trabajando en el empaque del supermercado. No ahorrará. No estudiará el próximo año. Engordará y crecerá en resentimiento. Cuando por fin tenga su diente nuevo, será adicto al conflicto y nunca más saldrá del círculo solitario de los que se hacen odiar.

Ahora se saludan, Claudio y Roque, con varios golpes de manos y movimientos en coreografía. Caminan a paso rápido rumbo a la fiesta que está a menos de una cuadra, los dos ansiosos, aunque por motivos diferentes. Roque aún agitado por la carrera, pensando que por poco y Claudio lo sorprende.

—Nunca te pillo, Reke culiao —dice Claudio detrás de los anteojos, sonriendo con todos sus dientes, sin importar que sea de noche y que apenas puede ver por dónde camina—. Voy a poner una recompensa al hueón que te pegue un paipe sin que te des cuenta, lo juro.

—Intentar puedes —dice Roque haciendo el truco de caminar con los ojos cerrados, avanzando como si conociera el camino de memoria, evitando esa grieta, ese hoyo, esa raíz,

y nunca se equivoca—, pero la Fuerza conmigo está. Sorprenderme no lograrás.

Llegan a una casa de un piso, adornada con globos que se bambolean con la brisa helada de la noche joven. Afuera se aglomeran grupos de jóvenes que intentan llamar la atención con distintos plumajes y cantos, mientras las chicas fingen que no les dan atención. Ninguno es su amigo así que les ignora.

Roque entra primero y aguanta la respiración mientras saluda a toda la fauna de conocidos esparcidos por el antejardín amplio, cada uno con un vaso desechable en la mano y un cigarrillo en la boca, todos con un tufo nutrido rigurosamente desde la puesta de sol. Algunos beberán más de la cuenta, uno chocará el taxi de su hermano y usará muletas hasta fin de año, a otro lo asaltarán y recibirá puntos por una puñalada en el antebrazo; una perderá su virginidad y quedará insatisfecha, aunque esperanzada de que en el futuro pueda lograr un orgasmo; siete tendrán sexo igual de insatisfactorio y dos de ellas quedarán embarazadas, abortarán antes que termine el mes sin que nadie se entere. Una de las dos no podrá embarazarse nunca más. El resto simplemente gozará de la fiesta y usará condón. Alrededor de cien adolescentes agrupados festejando en el antejardín, el patio y el living de la casa. Ninguno morirá este año.

Ahí entre un grupo de chicas de tercero medio está Jacinto, que mañana cumple dieciocho años y dado que es uno de los pocos mayores de edad que aún van al colegio, ya tiene el estatus de verdadero adulto entre sus congéneres, persona importante que puede manejar vehículos y comprar alcohol sin miedo.

Los padres de Jacinto ahora están ocultos fingiendo que no escuchan lo que ocurre en su propia casa. Mañana después del desayuno le regalarán su primer auto, un Lada viejo que le dejará en panne cien veces hasta que se decida a estudiar mecánica automotriz. Pasarán diez años antes que compre su segundo auto, en el que chocará estrepitosamente contra un poste a la salida de una disco en La Serena. Sobrevivirá.

Roque le da la mano y un abrazo, deseándole de corazón un feliz cumpleaños, inmune a la oscura influencia de sus amigos más cercanos gracias a compartir un mismo espacio desde hace años. Claudio también saluda al cumpleañosero y bromea fingiendo el tono y acento de un campesino, igual que todos los días en el colegio.

En este contexto la broma no hace ninguna gracia a Jacinto y les envía a servirse lo que quieran dentro de la casa. Les da la espalda, continuando con su relato de esa vez que se cayó de la moto mientras practicaba enduro. Antes

que termine el año una de las chicas con las que conversa ahora invitará a Jacinto a subirse a la moto de su hermano y él no sabrá cómo se enciende.

Dentro de la casa Roque y Claudio asisten a una pista de baile improvisada, donde apenas caben dos personas más entre el tumulto en movimiento. El humo del tabaco inunda todos los rincones dando la impresión de estar sumergidos en la niebla. *Smells like Teen Spirit* suena fuerte, le seguirán otros temas del Nevermind y la fiesta terminará a las tres de la madrugada con las cumbias clásicas de año nuevo de los papás de Jacinto.

Al fondo del salón hay una mesa cubierta con tantas botellas de distintos tipos, que Claudio queda mudo. Roque nota con algo de asombro que no hay nada para comer. No pensó en este detalle y se muere de hambre.

—Yo te sirvo el copete, mi perro —grita Roque a Claudio antes que se sirva cualquier cosa—. Soy experto en tragos pitucos.

Roque hace el amago de mezclar distintos licores, mientras Claudio observa a una chica de tenida ajustada, el cabello revuelto y curvas exquisitas, los pechos libres debajo de un peto elasticado, agitándose sola a pocos metros de él.

—Aquí tienes —Roque entrega el vaso plástico a Claudio, con una simple piscola suave más

algo de triplesec y amargo—, mi Ruta Rápida al Misterio. Tómalala despacio o te vas a morir en menos de una hora... ¡Péscame jetón! Esa loca tiene catorce y es la hermana chica del Cimarra. ¿Sabes quién es el Cimarra? ¿Quieres que te lo recuerde?

Claudio regresa la mirada a Roque muy lentamente, luchando contra la musculatura oxidada de su cuello. Ambos asienten, reconociendo el peligro de acercarse a esa preciosura y beben suspirando, admirándola sin pudor. Roque se sirvió una coca cola sin aditivos. Claudio gruñe su aprobación y declara que esta noche Roque será su barman personal.

Salen de regreso al antejardín y rodean la casa hacia el patio trasero, cubierto con pasto algo descuidado y árboles frutales cargados con naranjas y duraznos, un espacio amplio donde cabría perfectamente una piscina mediana y un quincho. Allí continúan con los abrazos y palmadas de compañerismo exacerbado, asistiendo a las risotadas de un tipo de bigote que da saltos al fondo del patio junto a un grupo de chicas y chicos que celebran todas sus burradas. Es Raúl, vecino de Jacinto, que estudia en un preuniversitario desde hace tres años. En cinco años más su madre le dará un ultimátum, o estudia cualquier cosa o trabaja, pero de vago no se queda en su casa. En menos de una hora se quedará dormido detrás de unas

cajas al fondo del patio y mañana despertará meado por los borrachos y resfriado. Seguirá virgen hasta los veinticinco.

Entonces Roque la ve, de pie no muy lejos de donde están ahora. Suspira profundo y mira en otra dirección, aún no es el momento.

—Callo, allá está el Juanjo —dice Roque apuntando a otro compañero de curso que siempre viste de negro y hoy lleva una chaqueta de cuero que le queda grande. Dentro de siete años se enamorará de una coreana que trabajará con él en una agencia de publicidad. Tras un año de conquista y enamoramiento mutuo, Juan descubrirá en la desnudez que ella en realidad es él. La impresión será tan grande que golpeará al coreano hasta dejarlo inconsciente, acabará preso y allí lo violará un peruano con sida. El coreano regresará a su país, donde se hará la operación de cambio de sexo definitiva y morirá por una septicemia cuatro días después.

Claudio mira a Juan José a lo lejos y se encoge de hombros, no es alguien que le agrada. Roque lo sabe y pone en práctica otra parte de su plan.

—El Juanjo tiene un pitillo —dice Roque mirando al interior de su vaso. Es mentira, pero Claudio no lo sabe—. No le gusta fumar solo... ¿Viste una película que dieron ayer en el trasnoche, del Ace Ventura? ¡Es muy buena esa película locooo! ¿Sabes cuál es? Jim Carey poh, el chistosito.

Claudio asiente, aunque tiene la mente en otra parte.

—Voy a saludar al Juanjo, vuelvo al tiro —se despide Claudio, transparente en sus intenciones, dejando solo a su amigo en medio del patio.

Roque se encoge de hombros y regresa su atención a Ella. La observa oculto detrás del vaso plástico. Se acerca unos pasos, la ve sonriendo, expectante, ansiosa y alegre, de la mano con su pololo. Paulina, de ojos alegres, verdes, piel de leche y nariz de muñeca, cabello castaño ondulado, metro sesenta de estatura, delgada en la cintura y contundente en las caderas y pechos, siempre perfumada y vigorosa. El pololo es Manolo, alto, atlético, simpático, inteligente, amigable y sincero. Ella está enamorada, él ni tanto. Esta noche tendrán su primera relación sexual en la casa de él, será hermosa, como en un cuento de hadas triple equis. Cuando termine el año ella estará embarazada y él enamorado de otra. Serán infelices por tanto tiempo que la felicidad parecerá una ilusión. Ella fumará igual que poetiza y fallecerá de cáncer al pulmón a la edad de treintaicinco, luego de dos años de miserias y falsas esperanzas.

Ella fuma ahora, aunque no demasiado. Un cigarrillo completo le hace sentir la cabeza liviana. Y Manolo fuma Viceroy, Roque lo sabe.

Se les acerca, Paulina le ve de reojo y luego le ignora. No se conocen, es mejor así.

Roque suspira, el momento es ahora. Saca los Viceroy de su bolsillo, los deja en el suelo y recoge la cajetilla de inmediato.

—¿De quién son estos puchos? —pregunta sin elevar la voz, para que nadie más le oiga.

Manolo se gira, se palpa los bolsillos de la chaqueta y dice que son suyos. Roque sabe que miente, que tiene la cajetilla sin abrir en el bolsillo derecho, pero no dice nada. Sonríe a Manolo, una sonrisa estúpida de adolescente con espinillas. De paso mira de frente a Paulina, tal vez sea la única oportunidad que se miren así desde tan cerca, aunque ella sólo tiene ojos para su galán.

Entrega la cajetilla a Manolo y se aleja de la pareja feliz, con la boca metida en su vaso plástico vacío, saboreando un triunfo amargo.

Cumplidas todas las aristas de su misión, sale de la casa para no presenciar el resultado, ya es suficiente con haberlo planeado a este nivel de perfección. Camina varias cuadras hacia el norte, hasta una plaza donde otros jóvenes se reúnen a fumar y beber sentados en el pasto. Instalado en una banca se deja llevar por la visión de las estrellas, cada una con su nombre y significados cambiantes. Algunas dejaron de existir hace milenios. Otras en

realidad son galaxias en movimiento. Algún día la humanidad visitará esos rincones.

El rostro de su madre desaparecida hace siete años se dibuja inexpresivo en el firmamento, como si durmiera. La recuerda así, luminosa, afectuosa al extremo del hostigamiento. Nunca la vio llorar, nunca triste, nunca una mala cara, siempre con vestidos largos y coloridos, sandalias en verano y botas con chiporro en invierno, el cabello tomado en una trenza, flores frescas adornando sus orejas y un pequeño morral de lana en el que transportaba su mazo del tarot, velas aromáticas y joyas que ella misma hacía con vidrios de colores pulidos por el mar.

Roque cierra los ojos. Oye la sirena de una ambulancia, o puede que esté en su imaginación, no será necesaria esta noche, no en esta fiesta al menos. Ve la hora en su reloj, son las diez y media, faltan pocos minutos para que suceda.

Regresa a paso lento, revisando cada evento, cada acto, cada cambio. Todo tenía que ocurrir de acuerdo al plan.

Llega a la casa, ahora la fiesta está en silencio. Ve miradas curiosas, cuchicheos preocupados, y reconoce a Claudio que se sostiene contra las ligustrinas, sorbiendo con una bombilla lo que parece ser una piscola con más pisco que coca cola. Aún trae sus lentes y sus zapatillas, aunque tiene la huella rosada de una mano en su mejilla izquierda.

—¿Pasó algo? —pregunta Roque tratando de no parecer cínico. Claudio no lo nota, todavía no llevan dos horas en la fiesta y ya está borracho.

—¿Quihubo Reke? —dice Claudio con los ojos vidriosos—. Nah poh, lo mismo de siempre. A una mina le dio la pálida. Recién se la llevaron a la posta, los papás del Jacinto... ihuelagüei!

La música regresa, *Ride The Lightning* pero menos estridente que antes. Roque entra a servirse bebida y Claudio le sigue de cerca, tropezando con obstáculos imaginarios. La chica del baile ultra erotizado ya no está y su ausencia se nota.

—¿Quién te boxeó? —pregunta Roque hablando fuerte para hacerse oír y Claudio se toma la mejilla para ocultar su vergüenza.

—Un malentendido —balbucea él y Roque se muerde la lengua para no reír—. Un malentendido nomás.

Alguien apagó la luz durante el apogeo de la chica intoxicada en el patio y Claudio aprovechó para besar a una nena creyendo que era su diosa de la noche, recibiendo esa gran bofetada a cambio. No sabe quién se la dio y ruega que al menos haya sido mujer, porque creyó sentir la insinuación de un bigote.

Salen nuevamente al patio y allí los cuchicheos crecen y se multiplican, que el Manolo le dio a probar marihuana a la Paulina, que tenía pasta base, que aspiraron tolueno, que ella se

tragó el condón, y así hasta que ya dejan de ser comentarios serios y la fiesta se renueva. Roque mira a su alrededor, a sus amigos, los conocidos y los desconocidos. Quiere gritarles que la vida no es justa, que la mayoría de ellos le deben a él sus vidas tranquilas y despreocupadas, que todos le deben demasiado...

—Andai raro Reke —dice Claudio y Roque se da cuenta que lleva mucho rato gesticulando y rabiando consigo mismo—. Desde que empezaste a pintar el mono con tus hueás jedi que andai corrido, con cuea te veo en los recreos.

—Puedo ver el futuro —dice Roque sin pensar, sorprendido al oír esas palabras saliendo de sus labios por primera vez. Lleva meses queriendo decirlo y Claudio por supuesto no le cree.

Roque mira en el flujo del tiempo las repercusiones de este acto, su propia vida se ve borrosa, siempre cambiante. Claudio pasará por periodos borrosos también, seguramente participará en sus estrategias para modificar algún futuro, aunque no puede saber si es porque conoce su secreto o no, necesitará más análisis, son demasiadas variables en juego. Sería mejor decir que es broma, quiere reír a carcajadas y fingir que es un payaso, pero no puede.

—¡Es verdad! —dice muy serio, confiando su secreto a la única persona en la que puede confiar ahora—. Puedo ver cualquier futuro, de cualquier persona que me rodea. Veo sus

variaciones y puedo influir para que esos futuros cambien.

—¡Seguro! —dice Claudio incrédulo y se aleja zigzagueando hasta caer sentado en un claro de tierra seca debajo de un naranjo. Roque le acompaña y se queda mirando su vaso, apesadumbrado—. ¿Por eso andai cuático? Lo del Tarot lo entiendo, las minas pagan por verse la suerte y hueá, y parece que le achuntai al jueguito ése. Lo de caminar con los ojos cerrados y que nunca te puedan pegar un paipe, también tiene explicación, buen oído y hueá...

—Hoy evité que te sacaran la chucha diciéndote que la pendeja rica era hermana del Cimarra. ¿Remember? No es su hermana, tenía que inventar algo. Si le dabas un beso a ella, ibas a acabar cagadísimo y tu futuro sería negro. Tu futuro modificado se ve algo nebuloso, pasa cada vez que cambio muchas cosas juntas... Sí sé que sí vas a ir al paseo de curso y vas a pololear con la Fresia hartos años y sé incluso qué vas a estudiar y cómo te va a ir. Descarta desde ahora Pedagogía y Periodismo.

Claudio cambia su semblante y se pone muy colorado. Roque dio en el clavo, es obvio, y Claudio no lo quiere admitir.

—Puedo ver el futuro —repite Roque dando una palmada en la espalda a Claudio, sintiéndose de pronto aliviado, liviano, feliz por haberse

sincerado—. Y tú eres mi amigo hueón. Lo mínimo que puedo hacer es darte una ayudita.

—¿Y por qué no te hai ganado el Loto, Reke ahueonao? ¿O ya erís millonario, por la rechucha? ¡Hagamos un carrete en la playa!

—No funciona así —Roque no quiere admitir que lleva meses intentándolo, sin éxito—. Al principio eran voladas que me pegaba, imaginaba el futuro de alguien y era chistoso que tuviera tan buena imaginación, podía ver cosas de las que no tenía puta idea. Después me preocupé, veía cosas a cada rato, en todas partes, al tocar u oler algo, era la cagá, accidentes, muertes, crímenes, la cagá. Pensé que tenía esquizofrenia, llevo años pensándolo pero ahora tenía síntomas de verdad. No podía dormir, no podía salir a la calle sin que me dieran ataques de pánico. Me quería puro matar.

»Hasta que este verano visualicé a mi tía sacándose la mierda en el escalón de la entrada de la casa y se quebraba la cadera, tan claro como cualquiera de las otras alucinaciones. La vi convaleciente por meses, perdiendo masa muscular, viejita y flaca, con mucha pena. Y la vi morir en ese estado penoso. Todo por un clavo que estaba suelto en el escalón de mierda.

»Pensé que no perdía nada con arreglar el problema, además que la Margarita fue la única que se la jugó por mí en mi familia de fascistas. Fui a la escalera y ahí estaba el puto

clavo. Aproveché de clavar varios en la casa, lijé y barnicé para que no se cayera en ninguna parte.

»Mi tía no se cayó y la visión de su futuro cambió a una enfermedad crónica tras otra y la misma muerte. Entonces convencí a mis primos viejos para que convencieran a sus padres para que le contrataran una enfermera, y ahí está la viejita, sana y bien cuidada, aunque igual de vieja...

—Eso no prueba nada —gruñe Claudio que sí cree en la historia de su amigo pitoniso, pero no lo quiere admitir.

—Hoy adelanté la hora en el reloj de un colectivero —continúa Roque—. El pelotío pensará que es tarde y se irá a su casa antes, así no lo asaltarán, no tendrá que vender el colectivo por los gastos médicos y él seguirá en su vehículo varios años más hasta que le ofrezcan una pega mejor, siempre solo pero menos infeliz.

»Fuiste donde el Juanjo porque te dije que tenía un huiro. Le diste la lata media hora pensando que te convidaría. Le contaste la película que te mencioné, la del Ace Ventura, y le pusiste mucho color con la escena que es una parodia del Juego de las Lágrimas.

Claudio tiene la boca abierta y asiente efusivo. Roque no cuenta el resto de la historia, que Juan José verá eventualmente Ace Ventura,

en la universidad verá El Juego de las Lágrimas recordando la parodia y hará un ensayo al respecto. Para cuando se enamore del coreano y descubra que es hombre, la imagen de esa película regresará fresca a su memoria. No lo golpeará, aunque se sentirá traicionado e inseguro. Seguirá encontrándose con el coreano en el trabajo y un día hará las paces con su sexualidad confundida y se permitirá ser feliz.

—En ese rato que te fuiste —dice Roque—, hice una argucia para que la Paulina, la mina que me gusta... te la mostré el otro día poh Callo, la que se intoxicó hoy... ¡Si tú mismo me lo dijiste cuando regresé hace un rato, hueón borracho! Hice que se fumara un cigarro envenenado, el único que traía premio de toda la cajetilla... Tenía un poco del remedio de mi tía para dormir, así que cuando se lo fumó le dio un patatús, nada grave, suficiente para que le entre un susto de mierda y nunca más vuelva a fumar. Y así no le dará cáncer. ¿Me sigues?

No dice que Manolo estará al lado de ella todo ese tiempo, sintiéndose culpable y apasionado luego de verla tan frágil. Cuando termine el año seguirán juntos, él asumirá su paternidad con alegría, estudiarán y trabajarán, criarán una hermosa familia, serán felices. Roque jamás hablará con ella, ni siquiera para el aniversario del colegio cuando sus cursos estén en la misma alianza. Seguirá enamorado de Paulina hasta fin

de año, feliz por ella y sintiéndose un estúpido héroe por su sacrificio.

—Y no puedo hacerte famoso —miente Roque y Claudio escupe parte de lo que está tomando—. Así que deja de pensar en eso.

—Putá la hueá —Claudio observa a Roque fijamente mientras se limpia la boca—. ¿Me estai leyendo el pensamiento, chuchetumare?

—No necesito leerlo —ríe Roque y se relaja apoyado contra el tronco del naranjo—. Sé lo que me vas a pedir mañana.

A su alrededor la fiesta continúa estridente. Roque ve a una chica conversando animadamente con un tipo que no reconoce del colegio. Él vende drogas, morirá en una redada la próxima semana y nadie le echará de menos. Ella es la que quedará embarazada y luego del aborto no podrá tener hijos. Tampoco la conoce.

Si la salva de embarazarse esta noche, caerá mañana con otro tipejo de la misma calaña, decidida a vivir su sexualidad con sujetos jóvenes y peligrosos con mucho tiempo y dinero para divertirse. De todos los futuros posibles, en ninguno continúa con su embarazo porque sus padres no se lo permitirán, dos viejos demasiado preocupados del qué dirán y que paradójicamente piensan que su princesa ahora está en casa de una amiga, estudiando.

—Algunas personas no pueden ser salvadas —dice Roque y se da cuenta que Claudio está algo pálido a su lado, mirando al infinito. Extrae la bolsa de plástico de su bolsillo trasero y se la entrega justo a tiempo para que Claudio vomite en ella—. Algunos futuros no deben ser cambiados.

E internamente sabe que eso es mentira. Si se lo propusiera, podría lograr que esa extraña que ve por primera vez y que nunca más verá, decida quedarse con su hijo contra el deseo obstinado de sus padres. Sólo necesita encontrar el mensaje que dejará la huella adecuada, una huella indeleble que modificará las decisiones asociadas a un tema específico. Puede ser una palabra, una canción, un objeto, o un conjunto de todas ellas.

Observa las estrellas hacia el este sobre la silueta de la cordillera, algunas le sonríen, otras se burlan, y entre ellas el rostro de su madre frunce el entrecejo como si dijera “¿acaso no te enseñé a ser gente?”. Claudio sigue vomitando en la bolsa, con escándalo, atrayendo muchas miradas. El espectáculo es indigno, pero al menos acabará limpio y podrá reírse con todos sus dientes mañana cuando despierte con resaca.

Roque se levanta con un plan en formación, la misión será compleja, deberá mover muchos hilos antes de una hora, algo totalmente factible. Lo tiene claro en su mente, en el orden

adecuado. Esa desconocida será mamá y su hijo será su mayor orgullo.

Avanza decidido a iniciar la reacción en cadena, cuando ve a un tipo de su edad, de cabello corto peinado con un intrincado diseño y cejas delineadas, vestido de rojo y azul con zapatillas negras, sonriendo a alguien que acaba de saludar en el otro extremo del patio. En su muñeca izquierda tiene un elástico rojo que hace juego con el concepto de su tenida. Su cita de esta noche, un colectivero obsesivo compulsivo, se excusó en pleno precalentamiento diciendo que estaba atrasado para llegar a su casa a ver los goles y le dejó botado. Caminaba de regreso a su casa cuando vio la fiesta. Hoy le pedirán pololeo y antes que termine el año dejará de prostituirse.

Roque sonrío satisfecho, todo sale de acuerdo al plan.

Índice

De acuerdo al plan	7
El Café de Media Tarde	29
Necrópolis	35
La Hueá Rara	47
Teléfono Verde	49
Gusano de Londres	59
Anemia	79
Satán en Plaza Italia	89
Cuando no lo miro	97
Me llevas en la sangre	103

Dan Guajars

Santiago, 1977.

Dan Guajars escribe las historias y su otro yo, el tenebroso, las disfruta. Se lo puede encontrar con el nombre de Daniel Guajardo en Puente Alto, Chile, atravesando paredes y emergiendo de entre las tumbas de sus ancestros, mientras toma té con sacarina.



Periodista de profesión, lector y autor de fantasía y ciencia ficción desde muy joven, trabaja en marketing online y hace clases de Internet para periodistas.

Está felizmente casado con Lucía Gabriela y es el orgulloso padre de Amanda Luna.

Más libros de Guajars y consejos para escritores, en sitio Web <http://guajars.cl>

Otras publicaciones de Monstruito Ediciones es sitio Web <http://www.monstruito.cl>